

formar cuadros impenetrables en cualquier momento.

—Esos cuadros se destruyen con la artillería y con los escuadrones de lanceros.

—La artillería rayada de Forey es de más alcance que la nuestra.

—Sí, sí, nuestros cuerpos formados de reclutas no pueden batirse con los batallones franceses á campo raso sin graves inconvenientes: estoy convencido de ello . . . solo por un milagro . . .

—Quizás tomando unas buenas posiciones . . .

—Ya hemos ido abandonando las más ventajosas. Ahora, continuó diciendo Gonzalez Ortega con un suspiro, no nos queda más recurso que aquel que yo más he temido . . .

—Si no es indiscreción, mi general . . .

—Encerrarnos en Puebla. Yo odio los encierros; pero no nos queda más salida que meternos en la ciudad. Allí siquiera daremos tiempo á que lleguen los contingentes de los Estados, á que Comonfort forme el ejército de reserva y á que el gobierno pueda allegar otros recursos.

Tampoco Ernesto era partidario del encierro y exclamó:

—Yo creía que se fortificaba solo Puebla como un sostén para el combate.

—¡Ah! repetir un 5 de Mayo! Nunca hay en la guerra dos acontecimientos iguales. La táctica de Forey debe ser diametralmente opuesta á la de Laurencez.

No era esto mas que una simple conversación, pues Gonzalez Ortega ya habia mandado su plan de cam-

paña al gobierno, diciéndole que no era posible con sus elementos presentar batalla al ejército francés, y que en su concepto lo mejor que podría hacerse era defenderse dentro de los muros de Puebla, siempre que fuese apoyado por un ejército que molestara por fuera á los sitiadores, favoreciendo la comunicación, la entrada de municiones, etc., y siempre también que se le mandaran los elementos suficientes para mantenerse allí por un tiempo largo.

Parece que Gonzalez Ortega tenía razón, aunque los hechos demostraran después lo contrario. Precisamente ese era el plan de Forey y por eso sus marchas eran cortas: quería que los mexicanos reconcentraran todo lo que tuvieran en un solo punto para dar allí el golpe decisivo, como sucedió.

Ya sabemos que el sitio de Puebla estuvo lleno de brillantes episodios, durando mayor tiempo del que se esperaban los que conocían el gran material de guerra de los franceses y el mezquino del ejército mexicano. Forey estableció un sitio en toda regla; se aproximó á los fuertes por medio de trabajos de zapa, estableció sus poderosas baterías á tiro de pistola, abrió con ellas brechas y lanzó repetidas veces sus columnas, admirándose él mismo cuando ya creía tener en las manos la victoria, de que siempre fuera rechazado. Muchas veces combatieron sus soldados con los soldados mexicanos entre los escombros de las manzanas de casas derribadas con las bombas y con las minas, y de allí se volvían las columnas de zuavos y de cazadores diezmadas, sin poder ocupar definitivamente ningún punto de los que formaban la línea fortificada, hasta que llegó un día

en que los defensores se vieron escasos de víveres y faltos de municiones.

Entonces fué cuando Gonzalez Ortega dirigió á Forey aquella nota famosa que llenó de estupor á los franceses y de asombro á todas las naciones que estaban pendientes de la contienda: «Señor Mariscal: Están agotados los pertrechos de guerra y por eso no puedo defender ya esta plaza. He mandado destruir el armamento y disolver el ejército que tenía á mis órdenes. Los jefes y oficiales nos encontramos á la disposición de vd., dentro del palacio de gobierno.»

Aquella salida inesperada puso despechado á Forey, que después de ver cien veces á sus columnas en derrota, se encontraba al fin sin enemigo al frente que combatir y sobre quien pudiera recaer su sangrienta venganza. Si se le hubiera consultado antes, él hubiera proporcionado el parque para la defensa, porque lo que quería era entrar á Puebla después de un combate y como verdadero vencedor.

Ernesto estaba en el hospital, herido, desde el terrible ataque dado al fuerte de San Javier, en que había corrido por los fosos la sangre de los combatientes. Allí había concurrido como ayudante, llevando refuerzos, y allí había sido herido de un balazo y dos bayonetazos, despues que se le rompió su espada y de haber disparado los seis tiros de su pistola.

Allí, á ese hospital, al tiempo de la rendición, llegó la infausta noticia de que se estaba echando al agua de los fosos el poco parque útil que quedaba, de que los soldados estaban rompiendo sus fusiles contra las piedras, de que los artilleros estaban

inutilizando sus cañones y de que los oficiales estaban reuniéndose en el atrio de la Catedral para ir á entregar sus espadas en donde se les ordenase.

Algunos heridos que pudieron se levantaron y salieron corriendo á la calle, otros buscaban sus pistolas para suicidarse, no encontrándolas á mano porque se había tenido cuidado de escondérselas, y otros que estaban calenturientos y casi privados, como Ernesto, tuvieron después el recuerdo de lo que oyeron y vieron en esa noche, como si hubiese sido una pesadilla.

Ya se sabe lo que ocurrió después. Juárez y los que componían su gobierno, espantados ante la enorme catástrofe, que ya era esperada, sin embargo, por momentos, no tuvieron ánimo de defender la capital que había sido bien fortificada y huyeron á San Luis, viendo desbandarse las tropas que escoltaban al gobierno, compuestas de reclutas, generalmente. Entonces salieron los imperialistas que estaban escondidos ó prófugos y empezaron á organizarse para recibir con coronas desde luego á Forey y después á Maximiliano, cuyo nombre ya andaba de boca en boca desde entonces.

Todo fué fiestas después. El clero se apresuró á cantar el *Te-Deum* en las catedrales. De Puebla estaban saliendo los oficiales prisioneros mexicanos, en número de 600, para la Martinica ó para Francia; estaban los hospitales llenos de heridos. Todavía no se sacaban de los fosos todos los cadáveres, cuando ya los sacerdotes, ¡qué ignominia! de nacionalidad mexicana, hacían sus seculares funciones místicas en

acción de gracias al Ser Supremo porque habían obtenido el triunfo los franceses. Tanto así ciega la pasión política.

Pero ¡qué más! Almonte, el traidor entre los traidores, la figura más innoble y más repugnante de aquel orden de cosas, íbamos á decir de aquel desorden, Almonte, repetimos, publicó entonces proclamas elevando el valor francés hasta las nubes y llamando á los mexicanos que defendían su patria, cobardes y bandidos, y celebrando que los triunfos en Orizaba y en Puebla hubieran sido de los invasores.

Luego que los heridos pudieron ser dados de alta en el hospital, se ordenó un convoy para que también fueran deportados á Francia. Eran prisioneros de guerra, por más que ya no hubieran estado con las armas en la mano cuando ocupó la plaza Forey y tenían que ir á cumplir su condena.

Como en las primeras remesas de prisioneros habían logrado fugarse más de la mitad, entre ellos el mismo González Ortega, y de Puebla se habían fugado generales y coroneles, como Porfirio Díaz, Angulo y otros, para lo cual estuvieron en su más perfecto derecho, pues nunca quisieron firmar las actas de sumisión que se les presentaron ni dar su palabra de que permanecerían quietos, ni se prestaron á dejar que se supusiera que contraían el menor compromiso so bre nada; como se tenía ya esa experiencia respecto de los prisioneros, los últimos fueron estrictamente vigilados y no se les permitía comunicarse con nadie.

—¿Qué haré yo para escribir á Aurora y á mi madre? decía Ernesto al teniente Ramón Díaz, que tam-

bién había sido herido y formaba parte del convoy que iba á salir de Puebla.

—Pues solamente sobornando á nuestros guardianes.

—¿Y con qué? Cuando entraron aquí los franceses, según ya sabes, nos dejaron hasta sin camisa.

—Es verdad; pero yo salvé dos onzas de oro que pude esconder á tiempo, porque no estaba como tú, privado. De esas puedes disponer, siempre dejando algo para una necesidad mayor.

—No, yo no voy á abusar así de tu bondad y tu cariño. Vamos á pisar suelo extranjero y tal vez seamos allí tirados en el muladar, como perros. Para entonces te serán útiles tus dos onzas.

—Si nos llevan á Francia tendrán que mantenernos.

—Te equivocas. El viaje nos lo costean nuestros nuevos amos; pero una vez allá nosotros, ¿para qué han de gastar dinero en mantenernos?

—Acaso tengas razón, Ernesto.

—De eso no te quepa duda alguna. Lo único que se proponen llevándonos de aquí es inutilizarnos, y desde luego que estemos en suelo francés no podremos servir á nuestro país, porque nunca nos proporcionaremos allí las grandes cantidades que se necesitan para regresar.

—Eso ya lo veremos. Yo aunque me vuelva en burro.

—Eso sería curioso, que atravesaras en burro el oceano.

Ramón comprendió que había dicho un gran disparate y se puso rojo de vergüenza.

—Toma las dos onzas, dijo poniéndolas en la mano á Ernesto.

—¡Chist! dijo éste. Escóndelas pronto y que nadie sepa aquí que tienes oro, porque de seguro serás despojado una noche de estas, ó por los amigos ó por los enemigos.

Sin necesidad de cambiar ninguna de las dos monedas de oro, nuestros oficiales, á fuerza de perseverancia y astucia, pudieron proporcionarse unos pequeños fondos, obsequiar al sargento encargado de la vigilancia inmediata de los prisioneros y escribir cartas para las personas de su cariño que vivían en México. Serían ó no depositadas en el correo; pero ellos estuvieron más tranquilos desde que habían cumplido con ese deber.

Si el trayecto á Veracruz fué rudo, hecho á pie entre dos hileras de dragones, la navegación fué peor todavía, por los malos alimentos y por el mal trato recibido á bordo. La enorme travesía fué, pues, cruelísima para los pobres prisioneros mexicanos, de tal modo que, por ejemplo, el teniente Ramón decía:

—Si yo sé esto, mejor me echo sobre la escolta en el camino de Veracruz, y ya estuviera muerto allí con alguna gloria.

Después, al principio en Francia les dieron alguna cosa para que medio pudieran mantenerse, pero cuando no quisieron juramentarse los trataron con rigor y los privaron de recursos, molestándolos mucho con la vigilancia. Entonces se vieron precisados á ganarse el sustento con las manos ó á morir de hambre. Ernesto no era del todo pobre, su madre tenía algo; pero la pobre no sabía cómo ni á dónde man-

darle dinero. De esto se encargó Gonzalez Ortega, que quería mucho á su comandante Ernesto Domínguez, á aquel á quien él mismo había dado esa investidura cuando fué sacado de los escombros de Santa Inés.

Ernesto logró escaparse de Francia, pasó á España y procedente de la Coruña venía ya navegando la noche en que Aurora y Beatriz pedían al periodista noticias del prisionero deportado.

